

Rafael Ulises Pelaez

Natura puso a la mujer

*¡Todo es luz y esplendor!,
mas, para que sea mejor,
Natura puso a la mujer
como la Venus, al nacer
de la espuma marina;
y la trajo peregrina
a radicar al Oriente
en un mágico trasplante.*

*Sin embargo, mi amigo
no tengo todas conmigo:
hay algo en mi destino
que me hala el camino...
Por este áspero llegar
a mi cariñoso hogar
a oír la frasecilla:*

*"Llegó, llegó mantequilla
de Izozog", con las risas
de mis primas y sonrisas
apagadas de mis padres...
(-Pero, Laika, no me ladres-)
¿Es esta la bienvenida?...
(Solo así es sentida).*

*Entonces, en mi euforia
encontrar la ilusoria
sed, del refresco de "somó",
el almibar del "guapomó",
el bordado "achachairú"
y el sabor del guapurú"...*

—
Llegó, llegó
mantequilla - frase burlesca.
Somó - refresco con chicha y maíz.
Guapomó - fruta silvestre.
Achachairú - fruta que sólo existe en el Oriente.
Guapurú - fruta de sabor especial.

RAFAEL ULISIS PELAÉZ

Nació en Oruro en enero de 1902 y dejó de existir en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, donde vivió los últimos años de su fecunda existencia.

Novelista, profesor y cronista. Se tituló economista en la ciudad de La Paz y cursó tres años de Derecho en la Universidad de Oruro, teniendo que interrumpir dichos estudios a causa de la Guerra del Chaco, en la que se desempeñó como soldado de artillería (1932-33).

Fue profesor de Inglés en colegios de Oruro. Director del vespertino Crónica de La Paz (1934-39); Director del diario La Patria de Oruro (1940-46) y Director de radio El Cóndor de la misma ciudad (1946-50); colaboró también, en La Razón y El Diario, de La Paz.

Su obra recibió siempre encomiable críticas de la prensa, especialmente argentina y chilena:

1930. La Revolución de Junio (Crónicas), Oruro.

1930. Ronquera de Viento, (Cuentos), Oruro.

1940. Cuando el viento agita las banderas (2 tomos), Novela de la Guerra del Chaco. La Paz.

1955. Bajo los techos de paja. (Relatos sobre la vida en el altiplano y las minas), La Paz.

1958. Los betunes del Padre Barba. Historia del petróleo boliviano.

1970. La odisea de Tancredo Salvatierra. Eglogas y pastorales (poesía), Santa Cruz de la Sierra.

A.G.G.



Regateo

En la tienda de la esquina de la plaza, está el Mariano Castillo comprando sus vituallas para la fiesta grande. Terminada su tarea, volverá a su rancho distante diez leguas, bien provisto, atorado de bultos. Ha venido al pueblo exclusivamente a hacer compras.

Sentado en cuclillas, extendió ante sí un trapo de tocuyo debajo del cual se halla una manca de lana apretada, se apresta a la función de comprar; ahí envolverá las cosas adquiridas. En el género de liencillo ha anudado ya la coca como primera providencia; de un lio de bolsas sucias asoman sus cuerpos redondos las bolas de "ckoppa", las puntas blancas de las velas, los ángulos de unos jabones de color ceniza; en la "chuspa" abigarrada ha encajado algodón, teñido en ocre y azul, incienso, copal, lejía, unas conchas marinas llamadas "platos", "quizás" de duraznos y raíces secas de azafrán; la "lijilla" está a punto de reventar con azúcar, maíz y limones secos; en un pañuelo raro, de esos que ya no se ven, ha juntado fósforos, cigarrillos baratos, chancaca. Toda esta provisión es para la fiesta del Espíritu... Cuando ha terminado de hacer los empaques para atajarlos todos dentro de la cobija tejida, se acuerda de no haber pedido la latita de alcohol, el primordial bastimento para toda reunión de sociabilidad. Reclama pues la lata y conseguida ésta, puesta en su lugar, ha de marcharse...

La vendedora hace cálculos: suma, revisa las cifras y dice al indio:

- Me debes trescientos ochenta bolivianos y setenticinco centavos...

- No ha de ser, Mamma...

- ¡Hual!... suma pues... ¿Crees acaso que te engaño?...

Vuelve a aplastarse el indio a deshacer el gran atado; separa los trapos, desenvuelve la lata de alcohol. Se queda absorto, largo rato, contando mentalmente el valor de la mercadería; coje unos granitos de

maíz los amontona en grupos sobre el trapo de tocuyo. Ya está hecho su plan: mete la mano al cinto extrayendo un fajo de billetes; los cuenta, los manosea, los contempla y separa la suma de trescientos pesos arrugados. Al entregarlos a la tendera, ésta chilló:

- Falta pues...

El indio cavilla, separa la lata de alcohol y la devuelve. ¿Renuncia a llevarse la? Así parece. ¿O es que piensa que con este gesto ha de conmover el duro corazón de la chiflera?... ¡Quién sabe!... La mujer permanece impertérrita. Descuenta el valor del alcohol y pide al Castillo le complete el pago:

- Bueno, sin los ochenta bolivianos, todavía me debes setenticinco centavos...

- Rebajame esos centavitos...

- No puedo... es mi ganancia...

- Te devolveré una cajita de fósforos...

- Mas que sea... -acepta la vendedora la proposición recibiendo el artículo.

Ahora el parroquiano recondiciona todo con paciencia infinita. Alza la vista al tarro de alcohol que fuera puesto en el mostrador, escupe afuera de la puerta su bolacha de coca masticada; cojitranco sale de la tienda. En la plaza los chicos de la escuela juegan, tirando piedras a los canes del vecindario. La tarde, plena de sol amodorra al pueblo.

No tarde en volver a la tienda el indio Castillo.

- Mamma... -habla al entrar-. Dame nomás la latita de alcohol: es para la fiesta del Espíritu...

Se reclina sobre el suelo, pone el atado frente a sí; lo desentraña... Pausadamente coge la lata pintarrajeada de rojo en su etiqueta amarilla; la guarda en su envoltorio cuidando de que se mantenga incólume. Al extraer los billetes, clama en un hilo de voz:

- Te daré cincuenta bolivianos, Mamma...

- Vale ochenta... Tú conoces el precio...

- Rebajame pues...

- Solo faltaba que te quieras llevar mi utilidad...

¿Crees que yo robo el alcohol o que me lo regalan?...

- No ha de ser, Mamma... Castillo saca otra vez, de su cintura el manojo de billetes olorosos a coca, reintegra a éste el dinero que aún tenía en la mano; hace un rollo apretándolo con un piolin... Reflexiona... Vuelve a separar, esta vez, setenticinco bolivianos y los entrega a la dueña inflexible.

- Faltan cinco- exige ésta a punto ya de perder la paciencia.

El indio no contesta; desata nuevamente, el gran atado y sacando la lata roja con etiqueta amarilla, la devuelve. En tanto ejecuta el acto heroico recibiendo el dinero para meterlo en la cintura, abate su cuerpo en un abandono de lasitud. Mujer conocedora de la psicología indígena, la ventera, no se ablanda, no cede al truco del comprador. Se reviste de paciencia infinita. El indio, terminado el acontecimiento, sale humilde, desfallecido.

- Ha de volver- afirma la mujer del negocio hablando consigo misma.

Pasan las horas; la tarde desmaya en un florecimiento de crepúsculos. El poblado se aquieta con las notas tenues del Angelus. Alguna que otra luz brilla en puntitos de estrella. Ahí está, por enésima vez, el Castillo en la puerta del zoco...-Mamma, dame la latita de alcohol...

Se ha sentado el hombre en el umbral; ya desempaca su atado grandote. Recibe como en un mito, la famosa latita; la acondiciona y, al pagar su precio, ensaya el último recurso:

- Rebajame dos billetitos, Mamma...

- No, no te rebajo nada...

Sale a la media luz el fajo de billetes. El hombre separa la cantidad estipulada; se reserva, sin embargo, dos billetes entregando el resto. La chiflera salta avispada:

- Faltan los dos bolivianos...

Temblando de nerviosidad, trémulo por la codicia, en un esfuerzo pasmoso entrega, por fin, el indio, el saldo del valor. Ya está consumada la compra, sin escape posible. No hay donde más agarrarse. Con un "Buenas noches, Mamma", sale de la pulpería y se pierde en la sombra densa de la noche.

Pero retorna una vez más para pedir con voz quejumbrosa:

- Regalame la cajita de fósforos, Mamma...

La puerta se cierra con estrépito sobre sus narices. Por el camino cuya leve blancura señala el rumbo, váse el indio Castillo hacia su predio. Se diría que anda firme, reilón, pícaro...

(Del libro: "Bajo los techos de paja")